

En una sociedad moderna líquida, los logros individuales no pueden solidificarse en bienes duraderos porque los activos se convierten en pasivos y las capacidades en discapacidades en un abrir y cerrar de ojos. Las condiciones de la acción y las estrategias diseñadas para responder a ellas envejecen con rapidez y son ya obsoletas antes de que los agentes tengan siquiera opción de conocerlas adecuadamente.

La extrapolación de hechos del pasado con el objeto de predecir tendencias futuras no deja de ser una práctica cada vez más arriesgada y, con demasiada frecuencia, engañosa.

Quizás un modo más adecuado de narrar esa vida sea contando una historia de finales sucesivos.

La perseverancia, la pegajosidad y la viscosidad de las cosas (tanto de las animadas como de las inanimadas) constituyen el más siniestro y letal de los peligros, y son fuente de los miedos más aterradores y blanco de los más violentos ataques.

La vida en una sociedad moderna líquida no puede detenerse. Hay que modernizarse —léase: desprenderse, día sí, día también, de atributos que ya han rebasado su fecha de caducidad y desguazar (o despojarse de) las identidades actualmente ensambladas (o de las que estamos revestidos)— o morir. Azuzada por el terror a la caducidad, la vida en una sociedad moderna líquida ya no necesita — para salir impulsada hacia delante— del tirón que ejercían aquellas maravillas imaginadas que nos aguardaban en el final lejano de los esfuerzos modernizadores. Lo que se necesita ahora es correr con todas las fuerzas para mantenernos en el mismo lugar, pero alejados del cubo de la basura al que los del furgón de cola están condenados.

Las mayores posibilidades de victoria corresponden a las personas que circulan en las proximidades de la cumbre de la pirámide de poder global, individuos para quienes el espacio importa poco y la distancia no supone molestia alguna; son personas que se sienten como en casa en muchos sitios, pero en ninguno en particular. Son tan ligeras, ágiles y volátiles como el comercio y las finanzas cada vez más globalizadas que las ayudaron a nacer y que sostienen su existencia nómada.

La vida líquida significa un autoescrutinio, una autocrítica y una autocensura constantes. La vida líquida se alimenta de la insatisfacción del yo consigo mismo.

Por ese motivo, la llegada de la sociedad moderna líquida significó la desaparición de las utopías centradas en la sociedad.

El hecho de que «los demás» se queden atrás, atrapados en sus genotipos monocigóticos, dota la declaración de aún mayor convicción y ayuda a que se sigan esas prácticas.

La imagen de una «cultura híbrida» confiere un barniz ideológico a la extraterritorialidad alcanzada o reclamada. Ilustra, esencialmente, la libertad — altamente preciada y ganada tras arduo esfuerzo— de entrar y salir libremente y sin autorización de los sitios en un mundo entrecruzado de vallas y cortado en pedazos de soberanía fijados territorialmente. Al igual que en las redes extraterritoriales y las «ciudades de ninguna parte» transitadas y habitadas por la nueva élite global, la «cultura híbrida» busca también su identidad en el hecho de no pertenecer, en la libertad de desafiar y hacer caso omiso de las fronteras que atan los movimientos y las posibilidades de elección de otras personas inferiores, de menor valía: los «lugareños». Los «híbridos culturales» quieren sentirse chez soi en todas partes y estar así vacunados contra la venenosa bacteria de la domesticidad.

Por ello, la «identidad» reserva peligros potencialmente mortales tanto para la individualidad como para la colectividad, aunque ambas recurran a aquella como arma de autoafirmación. El camino hacia la identidad es una batalla continua y una lucha interminable entre el deseo de libertad y la necesidad de seguridad.

Quienes practican y disfrutan esa nueva flexibilidad o «no fijación» del yo tienden a denominarla «libertad». no es un estado de libertad, sino una forma de verse obligatoria e interminablemente reclutado para una guerra de liberación que jamás se acaba de ganar.

La necesidad de continuar trabajando sin descanso les pone en una situación apremiante sobre la que no tienen elección: la alternativa es demasiado sobrecogedora como para ser siquiera contemplada.

El pasado de cada identidad está sembrado de vertederos a los que se han ido arrojando diariamente y uno a uno los objetos anteayer indispensables y ayer convertidos en cargas engorrosas.

El discurso de Zygmunt Bauman, premio príncipe de Asturias de comunicación y humanidades en 2010.

...) “Hacer pedazos el velo, comprender la vida... ¿Qué significa esto? Nosotros, humanos, preferiríamos habitar un mundo ordenado, limpio y transparente donde el bien y el mal, la belleza y la fealdad, la verdad y la mentira estén nítidamente separados entre sí y donde jamás se entremezclen, para poder estar seguros de cómo son las cosas, hacia dónde ir y cómo proceder” (...) “Y fue el camino de salida que nos aleja de esa servidumbre el que Cervantes abrió para que pudiésemos seguirlo, presentando el mundo en toda su desnuda, incómoda, pero liberadora realidad: la realidad de una *multitud de significados* y una irremediable *escasez de verdades absolutas*.

Es en dicho mundo, en un mundo donde la única certeza es la *certeza de la incertidumbre*, en el que estamos destinados a intentar, una y otra vez y siempre de forma inconclusa, comprendernos a nosotros mismos y comprender a los demás, destinados a comunicar y de ese modo, a vivir el uno *con y para* el otro”.

“La única cosa que nos queda frente a esa ineludible derrota que se llama vida es intentar comprenderla”.